

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

DIARIO POLÍTICO INDEPENDIENTE Y DE NOTICIAS

ECO IMPARCIAL DE LA OPINIÓN Y DE LA PRENSA

Fundador: D. Manuel María de Santa Ana.

Los anuncios de todas clases referentes a Bancos y Sociedades, a precios convencionales. Se reciben en esta Administración y en todas las agencias de publicidad nacionales y extranjeras. Con arreglo a la Ley, cada anuncio pagará 10 céntimos por impuesto de timbre. Toda la correspondencia y giros deben dirigirse al ADMINISTRADOR. NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES.

PRECIO DE LA SUSCRIPCIÓN
MADRID: Edición de los sábados...
P.º M.º...
P.º T.º...
P.º T.º...
PRECIO DE LA VENTA
Por número...
Por mes...
Por trimestre...
Redacción y Oficinas: Factor, 7, Madrid.

AÑO LVII.—NÚM. 17.657

Madrid.—Domingo 17 de Junio de 1906.

Ediciones Mañana, Tarde y Noche.

Coñac LABLANCA

FECCIONES DE LA PIEL DESAPARECEN CON JABÓN DE LA TOJA.

DE PETERSBURGO

LA SITUACIÓN SE AGRAVA

(DE NUESTRO REDACTOR)

Uno de los oradores de la Duma, Kovalevski, ha encontrado una gran analogía entre el primer Parlamento ruso y la Convención que abrió el camino a la gran revolución francesa.

Algo hay de verdad en esta aseveración: pero hubiera sido preferible hacer notar las cualidades características que distinguen a la Asamblea Nacional rusa de la Convención francesa. En primer término, conviene observar que la burguesía es decir, el elemento que representó el papel principal en la revolución francesa, falta casi completamente en la Cámara rusa. En segundo lugar, la Asamblea reunida en el Palacio de la Tauride está lejos de tener la homogeneidad de la Cámara francesa, porque se compone de diversas nacionalidades. Ciertamente prepondera el elemento ruso, propiamente dicho; pero los verdaderamente influyentes son los federalistas.

Como ya antes en Francia, hoy figuran señores nobles en el bloque de la mayoría parlamentaria rusa, que ha arrojado el guante al Gobierno autocrático; pero entre estos señores no hay uno que pueda representar el papel de un Felipe Igualdad, aquel Príncipe de Orleans que transformó el Palacio Real en foco de propaganda revolucionaria entre las tropas.

El Príncipe francés era millonario, mientras que la mayoría de los nobles rusos que se han lanzado al movimiento popular, están empobrecidos, con raras excepciones. Hay entre ellos algunos idealistas, como Nabokov, que defendió la causa, creyéndola buena, pero sin darse cuenta del peligro de jugar con fuego.

La Duma contiene más de 190 diputados pertenecientes a la clase de aldeanos, que tienen una idea muy vaga del derecho de propiedad individual. Estos diputados aldeanos piden, ante todo, tierra, y han jurado a sus electores que no volverán con las manos vacías a sus aldeas.

La Duma asegura el apoyo de las masas agrícolas, los constitucionales democratas han votado en favor de la nacionalización del suelo, pero es esta virtualmente irrealizable; la expropiación forzosa solicitada por la Duma y rehusada por el Gobierno del Czar, perjudicaría directamente a los portadores de letras de garantía de los Bancos rurales rusos. Y la casi totalidad de estos títulos está colocada en el extranjero, especialmente en Francia y en Alemania, y se trata de algunos miles de millones de francos.

Los aldeanos de la Duma declaran que las expropiaciones serían equitativamente compensadas; pero, ¿se puede asegurar que los aldeanos rusos se apresurarán a cumplir sus obligaciones con los propietarios desposeídos tanto como para formular sus reivindicaciones ahora? Se trata de darles millones de hectáreas, cuya explotación exigiría capitales disponibles de miles de millones. ¿Dónde encontrarían los millones? ¿Los buscarán estos miles de millones de aldeanos, que están entrapados hasta los dientes? ¿Se los pedirán a los capitalistas extranjeros? Es más que seguro que tales empréstitos serían imposibles.

Se dice en la Duma que el aldeano carece de tierra; pero se debería añadir que las tierras que poseen los aldeanos podrían ser dos y aun tres veces más productivas que ahora, si el aldeano ruso estuviese mejor instruido, fuese menos pereoso y renunciase al abuso de las bebidas alcohólicas.

La verdadera causa de la miseria del aldeano ruso es su constante intoxicación con aguardiente, y a la ineptitud del Gobierno burocrático se debe, naturalmente, el haber fundado el sistema fiscal en el envenenamiento de las masas populares.

Se concibe, por otra parte, de lo que serían capaces semejantes masas incultas si el poder cayese entre sus manos, cosa que llegaría fatalmente si la Duma continuara sus trabajos legislativos por el camino en que se ha asentado.

Los aldeanos de la Duma declaran que las expropiaciones serían equitativamente compensadas; pero, ¿se puede asegurar que los aldeanos rusos se apresurarán a cumplir sus obligaciones con los propietarios desposeídos tanto como para formular sus reivindicaciones ahora? Se trata de darles millones de hectáreas, cuya explotación exigiría capitales disponibles de miles de millones. ¿Dónde encontrarían los millones? ¿Los buscarán estos miles de millones de aldeanos, que están entrapados hasta los dientes? ¿Se los pedirán a los capitalistas extranjeros? Es más que seguro que tales empréstitos serían imposibles.

Se dice en la Duma que el aldeano carece de tierra; pero se debería añadir que las tierras que poseen los aldeanos podrían ser dos y aun tres veces más productivas que ahora, si el aldeano ruso estuviese mejor instruido, fuese menos pereoso y renunciase al abuso de las bebidas alcohólicas.

La verdadera causa de la miseria del aldeano ruso es su constante intoxicación con aguardiente, y a la ineptitud del Gobierno burocrático se debe, naturalmente, el haber fundado el sistema fiscal en el envenenamiento de las masas populares.

Se concibe, por otra parte, de lo que serían capaces semejantes masas incultas si el poder cayese entre sus manos, cosa que llegaría fatalmente si la Duma continuara sus trabajos legislativos por el camino en que se ha asentado.

Los aldeanos de la Duma declaran que las expropiaciones serían equitativamente compensadas; pero, ¿se puede asegurar que los aldeanos rusos se apresurarán a cumplir sus obligaciones con los propietarios desposeídos tanto como para formular sus reivindicaciones ahora? Se trata de darles millones de hectáreas, cuya explotación exigiría capitales disponibles de miles de millones. ¿Dónde encontrarían los millones? ¿Los buscarán estos miles de millones de aldeanos, que están entrapados hasta los dientes? ¿Se los pedirán a los capitalistas extranjeros? Es más que seguro que tales empréstitos serían imposibles.

Se dice en la Duma que el aldeano carece de tierra; pero se debería añadir que las tierras que poseen los aldeanos podrían ser dos y aun tres veces más productivas que ahora, si el aldeano ruso estuviese mejor instruido, fuese menos pereoso y renunciase al abuso de las bebidas alcohólicas.

La verdadera causa de la miseria del aldeano ruso es su constante intoxicación con aguardiente, y a la ineptitud del Gobierno burocrático se debe, naturalmente, el haber fundado el sistema fiscal en el envenenamiento de las masas populares.

Se concibe, por otra parte, de lo que serían capaces semejantes masas incultas si el poder cayese entre sus manos, cosa que llegaría fatalmente si la Duma continuara sus trabajos legislativos por el camino en que se ha asentado.

Los aldeanos de la Duma declaran que las expropiaciones serían equitativamente compensadas; pero, ¿se puede asegurar que los aldeanos rusos se apresurarán a cumplir sus obligaciones con los propietarios desposeídos tanto como para formular sus reivindicaciones ahora? Se trata de darles millones de hectáreas, cuya explotación exigiría capitales disponibles de miles de millones. ¿Dónde encontrarían los millones? ¿Los buscarán estos miles de millones de aldeanos, que están entrapados hasta los dientes? ¿Se los pedirán a los capitalistas extranjeros? Es más que seguro que tales empréstitos serían imposibles.

Se dice en la Duma que el aldeano carece de tierra; pero se debería añadir que las tierras que poseen los aldeanos podrían ser dos y aun tres veces más productivas que ahora, si el aldeano ruso estuviese mejor instruido, fuese menos pereoso y renunciase al abuso de las bebidas alcohólicas.

La verdadera causa de la miseria del aldeano ruso es su constante intoxicación con aguardiente, y a la ineptitud del Gobierno burocrático se debe, naturalmente, el haber fundado el sistema fiscal en el envenenamiento de las masas populares.

Se concibe, por otra parte, de lo que serían capaces semejantes masas incultas si el poder cayese entre sus manos, cosa que llegaría fatalmente si la Duma continuara sus trabajos legislativos por el camino en que se ha asentado.

sidente del Consejo leyó la famosa declaración del Gobierno, el Czar dirigió un largo telegrama cifrado a la Corte de Berlín.

¿Cuál es el objeto de esta comunicación del periódico ruso? ¿Ha querido llamar la atención del público ruso sobre un papel cual quiera atribuido a Alemania en la crisis que atraviesa Rusia?

En cuanto a la afirmación, es perfectamente verosímil, porque la mayoría de los empleados de Telegramas son de hecho hostiles al Gobierno, y todas las indiscreciones de su parte son posibles.

Por esta breve exposición se puede formar una idea del sesgo verdaderamente alarmante que van tomando los asuntos interiores rusos. Si el Gobierno se hubiese mostrado más conciliador, habría, y probablemente *atenuar* el choque, ya inevitable, entre la revolución y la autocracia. Pero rechazando todas las proposiciones de la Asamblea Nacional, ha puesto en juego la suerte de la misma dinastía, cosa que Roditchef ha proclamado desde lo alto de la tribuna parlamentaria.

Todo esto no puede ser más inquietante.

J. Peropio.
DESDE GIBRALTAR
MANIOBRAS NAVALES
DE NUESTRO CORRESPONSAL

La escuadra inglesa del Mediterráneo, llegada ayer tarde, según telegrafía, viene a Gibraltar para tomar parte en las grandes maniobras de las escuadras combinadas, que darán comienzo el 23 del actual.

Algunos de los acorazados y cruceros traen a bordo destacamentos de la Artillería Real de la guarnición de Malta—de donde vienen, con objeto de poder instruir a las tropas en el problema de las señales marítimas y de distinguir los buques extranjeros.

Como ésta es la primera vez que se hace el experimento de instruir soldados del Ejército terrestre en los buques de guerra para poderlos utilizar en cuanto convenga a servicios navales, no es extraño que dicho experimento despierte tanto y tan general interés.

Durante la travesía de Malta a esta plaza, en los buques de esta escuadra se han venido haciendo toda clase de ejercicios técnicos. Además de las fuerzas de Artillería Real, se han designado para hacer el experimento que tanto llama la atención, a los dos regimientos de Infantería de Welch y de Berks-hire, que están formados por gente muy escogida.

En las maniobras, que durarán diez días—desde el 23 de junio hasta el 3 de julio—tomarán parte 93 acorazados y cruceros, 187 torpederos y destructores y 23 submarinos.

Los buques simularán una guerra. El número de hombres que figurarán en ellos será de más de 60.000.

Joseph Eimaleh.
GIBRALTAR, 14 Junio
GRANADA EN FIESTAS

Los conciertos en la Alhambra

Es un cuadrilátero de piedra, sin cubrir, que adornan bajorrelieves de trabajo minucioso. El cincel grabó en la piedra batallas cruentas, revistas vistosas, colecciones de trofeos, armas extrañas. Dentro hay un gran patio circular, con una bóveda que sostiene treinta y dos columnas de mármol. En el patio se celebran los conciertos famosísimos.

Carlos V, enamorado de la Alhambra, quiso tener en ella palacio propio. Su fantasía soñó un alcázar más bello todavía que el de los Alhambares. Pero aunque Pedro Machuca, en su diseño de la obra, pareció adivinar las aspiraciones cesáreas, y luego su hermano Luis, Juan de Orbea y otros, continuaron su labor con decisión y pericia, los apuros de la Monarquía fueron tales, que en 1621, cuando estaba para cubrirse el edificio, hubo que suspender los trabajos por falta de fondos.

El palacio de Carlos V tiene, pues, por techo el cielo. Este detalle da a las fiestas españolas, que en su recinto se verifican, una plenitud y grandiosidad indescriptibles.

Los conciertos en la Alhambra

Ninguna ciudad del mundo puede ofrecer, entre sus festejos tradicionales, uno tan singularmente artístico. Bien es verdad que la joya nazarita no tiene igual (ya lo dijo Anglaterra en su Epitola. 92) en toda la superficie de la tierra.

Anoche, después de asistir al primero de la serie que el Orquesta Sinfónica de Madrid, dirigida por el maestro Arbós, ha de dar, en el inabarcable palacio cesáreo, recordé otros tiempos y reviví pasadas emociones. Y es que nada supera al alarde que Granada realiza, ofreciendo a la música: como tiempo, un recinto de hadas.

Oír el concierto en el palacio no es tan grato como escucharlo desde los bosques. Los centenares de mujeres lindísimas que llenan la galería, distraen el oído, como otros emblemas. Para gustar la sensación inefable, paradisíaca, tan amada de algunos turistas, es necesario aislarse entre las flores, junto a los arroyuelos murmurantes, que despiden, bulliciosas, sus cascadas de argentería líquida, y abismarse en la gran paz de la noche, recogiendo el espíritu como para una oración.

Los conciertos en la Alhambra

A vosotros llega, rompiendo el silencio augusto de las cosas, un rumor armonioso que parece la voz del bosque que os envuelve. Después dicho rumor se eleva en trémulo y colozante, de cadencia desmayada, que escalan las notas suaves y rendidas. De pronto se apagan, y cuando creéis que la música, turbada, no osa despertar a los gnómicos alhambreses, un *allegro* brioso, sorprendente, de valentía irreverente, dispersa sus sonidos por todos los ámbitos.

Luego vuelve el silencio, como un reposo entre dos zambas. Nada oís. Las conversaciones de los espectadores no llegan hasta vosotros. La colina roja se abandona al misterio. Y éste se adueña de vuestro espíritu y os hace pensar en tiempos idos, y os recuerda tradiciones aprendidas en la infancia, que hablaban de amores, raptos, desafíos y batallas.

En aquellos bosques conspiraron las sultanas; y rondaron, teniendo sus guzlas, amadores nocturnos; matáronse rivales ciegos, que confiaron al alifanfe la resolución de sus querrelas; transcurrió, trágica, la agonía de los Alhambares, después de haber pasado fugaces, como meteoros de gloria, las épocas del esplendor granadino. Entonces tenía Granada 600.000 habitantes y extendía su dominio a casi toda Andalucía. Entonces el poder musulmán encontraba tras sus muros la seguridad que en vano buscara después de la forma de Córdoba. Entonces la Alcaicería encerraba, en sus tiendas estrechas, todas las riquezas del mundo conocido.

Otra raza llegó, arrojando de sus lares a quienes crearon tantas maravillas. Nuevos usos sucedieron a las costumbres moriscas, no obstante las contiendas pacíficas por Beadli Peré, a despecho de la invasión de los aluviones nortistas caídos sobre la Damasco de Occidente. La tradición artística,

Los conciertos en la Alhambra

Ninguna ciudad del mundo puede ofrecer, entre sus festejos tradicionales, uno tan singularmente artístico. Bien es verdad que la joya nazarita no tiene igual (ya lo dijo Anglaterra en su Epitola. 92) en toda la superficie de la tierra.

Anoche, después de asistir al primero de la serie que el Orquesta Sinfónica de Madrid, dirigida por el maestro Arbós, ha de dar, en el inabarcable palacio cesáreo, recordé otros tiempos y reviví pasadas emociones. Y es que nada supera al alarde que Granada realiza, ofreciendo a la música: como tiempo, un recinto de hadas.

Oír el concierto en el palacio no es tan grato como escucharlo desde los bosques. Los centenares de mujeres lindísimas que llenan la galería, distraen el oído, como otros emblemas. Para gustar la sensación inefable, paradisíaca, tan amada de algunos turistas, es necesario aislarse entre las flores, junto a los arroyuelos murmurantes, que despiden, bulliciosas, sus cascadas de argentería líquida, y abismarse en la gran paz de la noche, recogiendo el espíritu como para una oración.

A vosotros llega, rompiendo el silencio augusto de las cosas, un rumor armonioso que parece la voz del bosque que os envuelve. Después dicho rumor se eleva en trémulo y colozante, de cadencia desmayada, que escalan las notas suaves y rendidas. De pronto se apagan, y cuando creéis que la música, turbada, no osa despertar a los gnómicos alhambreses, un *allegro* brioso, sorprendente, de valentía irreverente, dispersa sus sonidos por todos los ámbitos.

Luego vuelve el silencio, como un reposo entre dos zambas. Nada oís. Las conversaciones de los espectadores no llegan hasta vosotros. La colina roja se abandona al misterio. Y éste se adueña de vuestro espíritu y os hace pensar en tiempos idos, y os recuerda tradiciones aprendidas en la infancia, que hablaban de amores, raptos, desafíos y batallas.

En aquellos bosques conspiraron las sultanas; y rondaron, teniendo sus guzlas, amadores nocturnos; matáronse rivales ciegos, que confiaron al alifanfe la resolución de sus querrelas; transcurrió, trágica, la agonía de los Alhambares, después de haber pasado fugaces, como meteoros de gloria, las épocas del esplendor granadino. Entonces tenía Granada 600.000 habitantes y extendía su dominio a casi toda Andalucía. Entonces el poder musulmán encontraba tras sus muros la seguridad que en vano buscara después de la forma de Córdoba. Entonces la Alcaicería encerraba, en sus tiendas estrechas, todas las riquezas del mundo conocido.

Otra raza llegó, arrojando de sus lares a quienes crearon tantas maravillas. Nuevos usos sucedieron a las costumbres moriscas, no obstante las contiendas pacíficas por Beadli Peré, a despecho de la invasión de los aluviones nortistas caídos sobre la Damasco de Occidente. La tradición artística,

Los conciertos en la Alhambra

Ninguna ciudad del mundo puede ofrecer, entre sus festejos tradicionales, uno tan singularmente artístico. Bien es verdad que la joya nazarita no tiene igual (ya lo dijo Anglaterra en su Epitola. 92) en toda la superficie de la tierra.

Anoche, después de asistir al primero de la serie que el Orquesta Sinfónica de Madrid, dirigida por el maestro Arbós, ha de dar, en el inabarcable palacio cesáreo, recordé otros tiempos y reviví pasadas emociones. Y es que nada supera al alarde que Granada realiza, ofreciendo a la música: como tiempo, un recinto de hadas.

Oír el concierto en el palacio no es tan grato como escucharlo desde los bosques. Los centenares de mujeres lindísimas que llenan la galería, distraen el oído, como otros emblemas. Para gustar la sensación inefable, paradisíaca, tan amada de algunos turistas, es necesario aislarse entre las flores, junto a los arroyuelos murmurantes, que despiden, bulliciosas, sus cascadas de argentería líquida, y abismarse en la gran paz de la noche, recogiendo el espíritu como para una oración.

A vosotros llega, rompiendo el silencio augusto de las cosas, un rumor armonioso que parece la voz del bosque que os envuelve. Después dicho rumor se eleva en trémulo y colozante, de cadencia desmayada, que escalan las notas suaves y rendidas. De pronto se apagan, y cuando creéis que la música, turbada, no osa despertar a los gnómicos alhambreses, un *allegro* brioso, sorprendente, de valentía irreverente, dispersa sus sonidos por todos los ámbitos.

Luego vuelve el silencio, como un reposo entre dos zambas. Nada oís. Las conversaciones de los espectadores no llegan hasta vosotros. La colina roja se abandona al misterio. Y éste se adueña de vuestro espíritu y os hace pensar en tiempos idos, y os recuerda tradiciones aprendidas en la infancia, que hablaban de amores, raptos, desafíos y batallas.

En aquellos bosques conspiraron las sultanas; y rondaron, teniendo sus guzlas, amadores nocturnos; matáronse rivales ciegos, que confiaron al alifanfe la resolución de sus querrelas; transcurrió, trágica, la agonía de los Alhambares, después de haber pasado fugaces, como meteoros de gloria, las épocas del esplendor granadino. Entonces tenía Granada 600.000 habitantes y extendía su dominio a casi toda Andalucía. Entonces el poder musulmán encontraba tras sus muros la seguridad que en vano buscara después de la forma de Córdoba. Entonces la Alcaicería encerraba, en sus tiendas estrechas, todas las riquezas del mundo conocido.

Otra raza llegó, arrojando de sus lares a quienes crearon tantas maravillas. Nuevos usos sucedieron a las costumbres moriscas, no obstante las contiendas pacíficas por Beadli Peré, a despecho de la invasión de los aluviones nortistas caídos sobre la Damasco de Occidente. La tradición artística,

poética, delicada de los árabes granadinos no se perdió, y todos los años se manifiesta con las veladas, con la verbena del Albicán, con los incomparables conciertos del palacio de Carlos V.

En esta noche placida, de dulzura infinita, hay que soñar, poniendo el pensamiento muy lejos y muy alto. Algo éterico, extraluminoso, rodea al que escucha, perdido entre frondas, la música de Beethoven, el divino de Wagner, el coloso; de Mozart, el amante... Figúrase que está muy lejos del mundo, en una ciudad ideal, donde las miserias de la vida, pequeñas siempre, se atornillan, desapareciendo.

Mil vagos rumores unen sus blandos arpeggios a las armonías que se escapan por las ventanas de maticados jalousés. Y por un momento llega a creer que aquella música, que suena a lo lejos, es el lenguaje misterioso de los genios que moran en los subterráneos del alcázar, y en las umbrías arrayánicas del Generalife.

Peró de pronto, la noche huye. Un día extraño, fantasmagórico, sucede a la oscuridad, y la Alhambra despierta ligada en resplandores. Como si una mano mágica hubiese derramado polvo de luz sobre bosques y palacios, todo se enciende, tomando, del incógnito foco de donde emergen tantos soles, los colores más delicados y vistosos. Y no hay, durante algunos minutos, ni un árbol sin su antorcha, ni una flor sin su iluminación de ensueño. Gemas de iris polícoloras surgen de entre las hojas. Todo escintila bajo el cielo majestuoso; donde otras luminarias muestran sus fuegos. Es que la Alhambra, terminado el concierto, despierta a Arbós con una aurora.

Los excursionistas madrileños quedaron asombrados. La ciudad de los carneses, fastuosa en sus procesiones, colorista y gallarda en sus corridas, típica en su feria, elegantísima y artística en sus veladas, se les reveló entonces tal como es. Y aprendieron a amarla, a ver en ella el refugio ídico de toda pesadumbre.

Fablán Vidal.
Granada.
Este diario no pertenece al Trust.

RUSIA
DESDE GIBRALTAR
La situación se agrava.

PARIS 17. Desde San Petersburgo comunican noticias graves de Gornostai, donde reina gran efervescencia entre los marineros y los soldados.

En otros puertos se nota también descontento y desconfianza entre las tropas, temiendo que ocurran desórdenes.

En previsión de que las cuestiones agrarias den lugar a tumultos, se han retirado las guarniciones de Poltava, Kharkof y Kursk.

Los judíos.

Telegramas privados de Bielostock dicen que las matanzas de judíos llevadas a cabo estaban preparadas antes de que fuesen arrojados a la bomba al caso de la procesión, y que por lo tanto los judíos no son responsables de los desórdenes ocurridos.

Se ha proclamado el estado de sitio.

La cuestión agraria.

Quince diputados de la Duma han marchado a provincias con el objeto de exhortar a los aldeanos, aconsejándoles calma hasta tanto que se conozcan los resultados de la acción de la Duma en la cuestión agraria.

Temores.

Tanto la policía de San Petersburgo como la de Moscú adopta grandes precauciones, vigilando las estaciones y prohibiendo los mítines, por temor a que estalle la huelga general.

Los conciertos en la Alhambra

Ninguna ciudad del mundo puede ofrecer, entre sus festejos tradicionales, uno tan singularmente artístico. Bien es verdad que la joya nazarita no tiene igual (ya lo dijo Anglaterra en su Epitola. 92) en toda la superficie de la tierra.

Anoche, después de asistir al primero de la serie que el Orquesta Sinfónica de Madrid, dirigida por el maestro Arbós, ha de dar, en el inabarcable palacio cesáreo, recordé otros tiempos y reviví pasadas emociones. Y es que nada supera al alarde que Granada realiza, ofreciendo a la música: como tiempo, un recinto de hadas.

Oír el concierto en el palacio no es tan grato como escucharlo desde los bosques. Los centenares de mujeres lindísimas que llenan la galería, distraen el oído, como otros emblemas. Para gustar la sensación inefable, paradisíaca, tan amada de algunos turistas, es necesario aislarse entre las flores, junto a los arroyuelos murmurantes, que despiden, bulliciosas, sus cascadas de argentería líquida, y abismarse en la gran paz de la noche, recogiendo el espíritu como para una oración.

A vosotros llega, rompiendo el silencio augusto de las cosas, un rumor armonioso que parece la voz del bosque que os envuelve. Después dicho rumor se eleva en trémulo y colozante, de cadencia desmayada, que escalan las notas suaves y rendidas. De pronto se apagan, y cuando creéis que la música, turbada, no osa despertar a los gnómicos alhambreses, un *allegro* brioso, sorprendente, de valentía irreverente, dispersa sus sonidos por todos los ámbitos.

Luego vuelve el silencio, como un reposo entre dos zambas. Nada oís. Las conversaciones de los espectadores no llegan hasta vosotros. La colina roja se abandona al misterio. Y éste se adueña de vuestro espíritu y os hace pensar en tiempos idos, y os recuerda tradiciones aprendidas en la infancia, que hablaban de amores, raptos, desafíos y batallas.

En aquellos bosques conspiraron las sultanas; y rondaron, teniendo sus guzlas, amadores nocturnos; matáronse rivales ciegos, que confiaron al alifanfe la resolución de sus querrelas; transcurrió, trágica, la agonía de los Alhambares, después de haber pasado fugaces, como meteoros de gloria, las épocas del esplendor granadino. Entonces tenía Granada 600.000 habitantes y extendía su dominio a casi toda Andalucía. Entonces el poder musulmán encontraba tras sus muros la seguridad que en vano buscara después de la forma de Córdoba. Entonces la Alcaicería encerraba, en sus tiendas estrechas, todas las riquezas del mundo conocido.

Otra raza llegó, arrojando de sus lares a quienes crearon tantas maravillas. Nuevos usos sucedieron a las costumbres moriscas, no obstante las contiendas pacíficas por Beadli Peré, a despecho de la invasión de los aluviones nortistas caídos sobre la Damasco de Occidente. La tradición artística,

Los conciertos en la Alhambra

Ninguna ciudad del mundo puede ofrecer, entre sus festejos tradicionales, uno tan singularmente artístico. Bien es verdad que la joya nazarita no tiene igual (ya lo dijo Anglaterra en su Epitola. 92) en toda la superficie de la tierra.

Anoche, después de asistir al primero de la serie que el Orquesta Sinfónica de Madrid, dirigida por el maestro Arbós, ha de dar, en el inabarcable palacio cesáreo, recordé otros tiempos y reviví pasadas emociones. Y es que nada supera al alarde que Granada realiza, ofreciendo a la música: como tiempo, un recinto de hadas.

Oír el concierto en el palacio no es tan grato como escucharlo desde los bosques. Los centenares de mujeres lindísimas que llenan la galería, distraen el oído, como otros emblemas. Para gustar la sensación inefable, paradisíaca, tan amada de algunos turistas, es necesario aislarse entre las flores, junto a los arroyuelos murmurantes, que despiden, bulliciosas, sus cascadas de argentería líquida, y abismarse en la gran paz de la noche, recogiendo el espíritu como para una oración.

A vosotros llega, rompiendo el silencio augusto de las cosas, un rumor armonioso que parece la voz del bosque que os envuelve. Después dicho rumor se eleva en trémulo y colozante, de cadencia desmayada, que escalan las notas suaves y rendidas. De pronto se apagan, y cuando creéis que la música, turbada, no osa despertar a los gnómicos alhambreses, un *allegro* brioso, sorprendente, de valentía irreverente, dispersa sus sonidos por todos los ámbitos.

Luego vuelve el silencio, como un reposo entre dos zambas. Nada oís. Las conversaciones de los espectadores no llegan hasta vosotros. La colina roja se abandona al misterio. Y éste se adueña de vuestro espíritu y os hace pensar en tiempos idos, y os recuerda tradiciones aprendidas en la infancia, que hablaban de amores, raptos, desafíos y batallas.

En aquellos bosques conspiraron las sultanas; y rondaron, teniendo sus guzlas, amadores nocturnos; matáronse rivales ciegos, que confiaron al alifanfe la resolución de sus querrelas; transcurrió, trágica, la agonía de los Alhambares, después de haber pasado fugaces, como meteoros de gloria, las épocas del esplendor granadino. Entonces tenía Granada 600.000 habitantes y extendía su dominio a casi toda Andalucía. Entonces el poder musulmán encontraba tras sus muros la seguridad que en vano buscara después de la forma de Córdoba. Entonces la Alcaicería encerraba, en sus tiendas estrechas, todas las riquezas del mundo conocido.

Otra raza llegó, arrojando de sus lares a quienes crearon tantas maravillas. Nuevos usos sucedieron a las costumbres moriscas, no obstante las contiendas pacíficas por Beadli Peré, a despecho de la invasión de los aluviones nortistas caídos sobre la Damasco de Occidente. La tradición artística,

ASUNTO RUIDOSO
Los Principes de Wrede
POR TELEGRAMA
DE NUESTRO REDACTOR CORRESPONSAL

BERLIN 17. Ha comenzado a verse la crencha contra el criado de los Principes de Wrede, a quien se le acusa de *chantage*.

El criado en su declaración manifestó que sólo quiso molestiar al Principe, pero no pedirle dinero.

La acusación sostiene lo contrario, diciendo que el criado trató de explotar a sus señores.

Varios criados han declarado que en el palacio de Wrede se usaban servicios de plata, en los que las iniciales estaban bordadas.

El juicio se ha suspendido para dar lugar a que declaren los fondistas que no han llegado todavía.

DESDE ROMA
FRANCIA Y EL VATICANO
(DE NUESTRO REDACTOR)

En los altos círculos de la Prelacia romana se comienza a reconocer que las informaciones dadas por la Prensa francesa sobre cuanto han dicho y hecho los obispos reunidos en París, no eran más que el resultado de inducciones y ciertos formulados antes de la reunión de la Asamblea; pero sin base positiva.

Y el cronista se alegra de haberse abstenido de transmitir a este propósito noticias a LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA, que después, de un modo ó de otro, hubiera debido rectificar.

La amenaza lanzada a los obispos de suspensión y denuncia al Santo Oficio por la violación del secreto sobre cuanto se hubiera decidido en las reuniones, ha producido su efecto. Más todavía: para mejor garantizar este silencio, cada uno de los obispos, en la primera sesión, fué llamado a prestar juramento en las manos del cardenal Richard, comprometiendo a mantener el más absoluto secreto bajo pena de excomunión, reservada al Papa.

Después de todo esto, no queda sino persuadirse de que el misterio en torno a aque-lla reunión continuará obscuro como en el primer día por los obispos, que siempre ha decidido en las reuniones, ha producido su efecto. Más todavía: para mejor garantizar este silencio, cada uno de los obispos, en la primera sesión, fué llamado a prestar juramento en las manos del cardenal Richard, comprometiendo a mantener el más absoluto secreto bajo pena de excomunión, reservada al Papa.

Los conciertos en la Alhambra

Ninguna ciudad del mundo puede ofrecer, entre sus festejos tradicionales, uno tan singularmente artístico. Bien es verdad que la joya nazarita no tiene igual (ya lo dijo Anglaterra en su Epitola. 92) en toda la superficie de la tierra.

Anoche, después de asistir al primero de la serie que el Orquesta Sinfónica de Madrid, dirigida por el maestro Arbós, ha de dar, en el inabarcable palacio cesáreo, recordé otros tiempos y reviví pasadas emociones. Y es que nada supera al alarde que Granada realiza, ofreciendo a la música: como tiempo, un recinto de hadas.

Oír el concierto en el palacio no es tan grato como escucharlo desde los bosques. Los centenares de mujeres lindísimas que llenan la galería, distraen el oído, como otros emblemas. Para gustar la sensación inefable, paradisíaca, tan amada de algunos turistas, es necesario aislarse entre las flores, junto a los arroyuelos murmurantes, que despiden, bulliciosas, sus cascadas de argentería líquida, y abismarse en la gran paz de la noche, recogiendo el espíritu como para una oración.

A vosotros llega, rompiendo el silencio augusto de las cosas, un rumor armonioso que parece la voz del bosque que os envuelve. Después dicho rumor se eleva en trémulo y colozante, de cadencia desmayada, que escalan las notas suaves y rendidas. De pronto se apagan, y cuando creéis que la música, turbada, no osa despertar a los gnómicos alhambreses, un *allegro* brioso, sorprendente, de valentía irreverente, dispersa sus sonidos por todos los ámbitos.

Luego vuelve el silencio, como un reposo entre dos zambas. Nada oís. Las conversaciones de los espectadores no llegan hasta vosotros. La colina roja se abandona al misterio. Y éste se adueña de vuestro espíritu y os hace pensar en tiempos idos, y os recuerda tradiciones aprendidas en la infancia, que hablaban de amores, raptos, desafíos y batallas.

En aquellos bosques conspiraron las sultanas; y rondaron, teniendo sus guzlas, amadores nocturnos; matáronse rivales ciegos, que confiaron al alifanfe la resolución de sus querrelas; transcurrió, trágica, la agonía de los Alhambares, después de haber pasado fugaces, como meteoros de gloria, las épocas del esplendor granadino. Entonces tenía Granada 600.000 habitantes y extendía su dominio a casi toda Andalucía. Entonces el poder musulmán encontraba tras sus muros la seguridad que en vano buscara después de la forma de Córdoba. Entonces la Alcaicería encerraba, en sus tiendas estrechas, todas las riquezas del mundo conocido.

Otra raza llegó, arrojando de sus lares a quienes crearon tantas maravillas. Nuevos usos sucedieron a las costumbres moriscas, no obstante las contiendas pacíficas por Beadli Peré, a despecho de la invasión de los aluviones nortistas caídos sobre la Damasco de Occidente. La tradición artística,

FRANCIA Y EL VATICANO
(DE NUESTRO REDACTOR)

En los altos círculos de la Prelacia romana se comienza a reconocer que las informaciones dadas por la Prensa francesa sobre cuanto han dicho y hecho los obispos reunidos en París, no eran más que el resultado de inducciones y ciertos formulados antes de la reunión de la Asamblea; pero sin base positiva.

Y el cronista se alegra de haberse abstenido de transmitir a este propósito noticias a LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA, que después, de un modo ó de otro, hubiera debido rectificar.

La amenaza lanzada a los obispos de suspensión y denuncia al Santo Oficio por la violación del secreto sobre cuanto se hubiera decidido en las reuniones, ha producido su efecto. Más todavía: para mejor garantizar este silencio, cada uno de los obispos, en la primera sesión, fué llamado a prestar juramento en las manos del cardenal Richard, comprometiendo a mantener el más absoluto secreto bajo pena de excomunión, reservada al Papa.

Después de todo esto, no queda sino persuadirse de que el misterio en torno a aque-lla reunión continuará obscuro como en el primer día por los obispos, que siempre ha decidido en las reuniones, ha producido su efecto. Más todavía: para mejor garantizar este silencio, cada uno de los obispos, en la primera sesión, fué llamado a prestar juramento en las manos del cardenal Richard, comprometiendo a mantener el más absoluto secreto bajo pena de excomunión, reservada al Papa.

Los conciertos en la Alhambra

Ninguna ciudad del mundo puede ofrecer, entre sus festejos tradicionales, uno tan singularmente artístico. Bien es verdad que la joya nazarita no tiene igual (ya lo dijo Anglaterra en su Epitola. 92) en toda la superficie de la tierra.

Anoche, después de asistir al primero de la serie que el Orquesta Sinfónica de Madrid, dirigida por el maestro Arbós, ha de dar, en el inabarcable palacio cesáreo, recordé otros tiempos y reviví pasadas emociones. Y es que nada supera al alarde que Granada realiza, ofreciendo a la música: como tiempo, un recinto de hadas.

Oír el concierto en el palacio no es tan grato como escucharlo desde los bosques. Los centenares de mujeres lindísimas que llenan la galería, distraen el oído, como otros emblemas. Para gustar la sensación inefable, paradisíaca, tan amada de algunos turistas, es necesario aislarse entre las flores, junto a los arroyuelos murmurantes, que despiden, bulliciosas, sus cascadas de argentería líquida, y abismarse en la gran paz de la noche, recogiendo el espíritu como para una oración.

A vosotros llega, rompiendo el silencio augusto de las cosas, un rumor armonioso que parece la voz del bosque que os envuelve. Después dicho rumor se eleva en trémulo y colozante, de cadencia desmayada, que escalan las notas suaves y rendidas. De pronto se apagan, y cuando creéis que la música, turbada, no osa despertar a los gnómicos alhambreses, un *allegro* brioso, sorprendente, de valentía irreverente, dispersa sus sonidos por todos los ámbitos.

Luego vuelve el silencio, como un reposo entre dos zambas. Nada oís. Las conversaciones de los espectadores no llegan hasta vosotros. La colina roja se abandona al misterio. Y éste se adueña de vuestro espíritu y os hace pensar en tiempos idos, y os recuerda tradiciones aprendidas en la infancia, que hablaban de amores, raptos, desafíos y batallas.

En aquellos bosques conspiraron las sultanas; y rondaron, teniendo sus guzlas, amadores nocturnos; matáronse rivales ciegos, que confiaron al alifanfe la resolución de sus querrelas; transcurrió, trágica, la agonía de los Alhambares, después de haber pasado fugaces, como meteoros de gloria, las épocas del esplendor granadino. Entonces tenía Granada 600.000 habitantes y extendía su dominio a casi toda Andalucía. Entonces el poder musulmán encontraba tras sus muros la seguridad que en vano buscara después de la forma de Córdoba. Entonces la Alcaicería encerraba, en sus tiendas estrechas, todas las riquezas del mundo conocido.

Otra raza llegó, arrojando de sus lares a quienes crearon tantas maravillas. Nuevos usos sucedieron a las costumbres moriscas, no obstante las contiendas pacíficas por Beadli Peré, a despecho de la invasión de los aluviones nortistas caídos sobre la Damasco de Occidente. La tradición artística,

Los conciertos en la Alhambra

Ninguna ciudad del mundo puede ofrecer, entre sus festejos tradicionales, uno tan singularmente artístico. Bien es verdad que la joya nazarita no tiene igual (ya lo dijo Anglaterra en su Epitola. 92) en toda la superficie de la tierra.

Anoche, después de asistir al primero de la serie que el Orquesta Sinfónica de Madrid, dirigida por el maestro Arbós, ha de dar, en el inabarcable palacio cesáreo, recordé otros tiempos y reviví pasadas emociones. Y es que nada supera al alarde que Granada realiza, ofreciendo a la música: como tiempo, un recinto de hadas.

Oír el concierto en el palacio no es tan grato como escucharlo desde los bosques. Los centenares de mujeres lindísimas que llenan la galería, distraen el oído, como otros emblemas. Para gustar la sensación inefable, paradisíaca, tan amada de algunos turistas, es necesario aislarse entre las flores, junto a los arroyuelos murmurantes, que despiden, bulliciosas, sus cascadas de argentería líquida, y abismarse en la gran paz de la noche, recogiendo el espíritu como para una oración.

A vosotros llega, rompiendo el silencio augusto de las cosas, un rumor armonioso que parece la voz del bosque que os envuelve. Después dicho rumor se eleva en trémulo y colozante, de cadencia desmayada, que escalan las notas suaves y rendidas. De pronto se apagan, y cuando creéis que la música, turbada, no osa despertar a los gnómicos alhambreses, un *allegro* brioso, sorprendente, de valentía irreverente, dispersa sus sonidos por todos los ámbitos.

Luego vuelve el silencio, como un reposo entre dos zambas. Nada oís. Las conversaciones de los espectadores no llegan hasta vosotros. La colina roja se abandona al misterio. Y éste se adueña de vuestro espíritu y os hace pensar en tiempos idos, y os recuerda tradiciones aprendidas en la infancia, que hablaban de amores, raptos, desafíos y batallas.

En aquellos bosques conspiraron las sultanas; y rondaron, teniendo sus guzlas, amadores nocturnos; matáronse rivales ciegos, que confiaron al alifanfe la resolución de sus querrelas; transcurrió, trágica, la agonía de los Alhambares, después de haber pasado fugaces, como meteoros de gloria, las épocas del esplendor granadino. Entonces tenía Granada 600.000 habitantes y extendía su dominio a casi toda Andalucía. Entonces el poder musulmán encontraba tras sus muros la seguridad que en vano buscara después de la forma de Córdoba. Entonces la Alcaicería encerraba, en sus tiendas estrechas, todas las riquezas del mundo conocido.

Otra raza llegó, arrojando de sus lares a quienes crearon tantas maravillas. Nuevos usos sucedieron a las costumbres moriscas, no obstante las contiendas pacíficas por Beadli Peré, a despecho de la invasión de los aluviones nortistas caídos sobre la Damasco de Occidente. La tradición artística,

Los conciertos en la Alhambra

Ninguna ciudad del mundo puede ofrecer, entre sus festejos tradicionales, uno tan singularmente

